Globethics Repository

Globethics

España [Spain]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Ruiz García, Enrique
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-17 19:45:37
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/221562

Nueva Sociedad Nro.72, Julio- Agosto de 1984, pp. 41-51

España: El socialismo administrando al capitalismo

Enrique Ruiz García

Enrique Ruiz García: Escritor y politólogo español. Profesor de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México. Autor de 30 libros de ensayo, análisis y biografía.

El presente artículo resume la historia de la transición española - de la muerte de Franco al gobierno socialista - como una hazaña paradójica de la libertad. Esa hazaña paradójica registra las contradicciones y complicaciones de un pueblo maduro que no quiso reeditar la guerra civil y que tuvo que asumir e integrar, en el presente, al franquismo sociológico renovado. Sólo la democracia - y no la revolución - podían construir, sin el viejo horror a la hegemonía de un solo partido, la convivencia de los contrarios. Para ello era preciso sacrificar, en el altar del realismo, las banderas del exilio histórico republicano y convertirlo, solamente, en memoria, es decir, en el eslabón perdido del proceso histórico. Nada más que eso. El trabajo analiza las complicaciones que hicieron posible la transición y destaca el papel de los tres gallardos frente a las momias del pasado - que hicieron el tránsito: el Rey, Adolfo Suárez y Felipe González, es decir, los representantes de la generación que no hizo la guerra y sí el amor y el cinismo como modernidad y antitrascendencia.

El 2 de mayo de 1879, en una fonda madrileña de la calle Tetúan, se fundaba el Partido Socialista Obrero Español. El grupo originario, en aquel día, esta compuesto por 40 personas. De ellas, como corazón histórico del núcleo, veinte eran tipógrafos y seis - según el máximo cronista del Partido, el legendario Juan José Morato - intelectuales: un literato - dice -, un doctor en ciencias y cuatro médicos o estudiantes de medicina. En la cúpula un santo laico: Pablo Iglesias . Hijo de la clase obrera, extraordinario líder del optimismo creador, la personalidad de Pablo Iglesias parece suscribir el romancero: honradez y adhesión imperturbable a un proyecto que cambiaba los ideales españoles tradicionales. En la base ideológica, a su

vez, una constatación inequívoca: pertenencia al marxismo . Pablo Iglesias parecía, de un lado, suscribir el idealismo social de la nueva clase - la clase obrera "profética" - y, del otro, el materialismo histórico. Mezcla explosiva que gravitaba sobre una personalidad política que en la España de la Restauración - donde toda compra era posible, menos el voto que ya estaba comprado - encerraba el idilio entre la honestidad y la transparencia. Cuando lo entierren - murió el 9 de diciembre de 1925 en plena dictadura del general Primo de Rivera - España entera llorará sobre su féretro, rodeado de banderas rojas, porque resumía la creencia, para fieles y paganos, de que un obrero excepcional, aniñado y "abuelo" - el "Abuelo" le llamaban se perdía para siempre. Pablo Iglesias fue el fruto concreto, específico, del siglo XIX. Nació, en efecto, en 1850, cuando Marx sabía ya que la revolución de 1848 era la contrarrevolución de la gran burguesía nacionalista que se quedaría, a partir de entonces, con el pan, la caja del pan y la llave de la alacena en Europa Occidental.

LA HAZAÑA PARADOJICA DE LA LIBERTAD

Cincuenta y siete años después de la muerte de Pablo Iglesias - obrero tipógrafo que fue un educador de muchedumbres, según Morato - el más joven Partido Socialista Obrero Español, el más extraordinario subproducto histórico del partido que naciera a caballo de dos siglos - el de la fraternidad universal y el del autoritarismo estaliniano y la bomba atómica - conquistaba el 20 de octubre de 1982, hecho enorme, 10 millones 127.329 votos en las urnas de la libertad española.

Su líder, un joven abogado andaluz de 40 años - ni soldado republicano de la Guerra Civil, ni víctima dramática o literaturizable del franquismo - había invitado a un pronunciamiento ideológico inequívoco: ni alianza con el Partido Comunista ni partido de clase. El marxismo era, sin más, un arma de análisis, un proyecto metodológico. Adiós a las palabras, aunque las palabras esperan, a veces, la venganza.

Ese joven abogado, elegido secretario general del partido en la clandestinidad franquista, representaba en el año de su elección (1974) al partido del "interior" frente al "partido histórico" del exilio. Desde entonces, de forma irreversible, la dialéctica de lo real invertiría la pasión acumulada . En otras palabras, la Guerra Civil fue derrotada, históricamente, por la negociación. El protagonismo del exilio republicano - con su ejemplar grandeza y su inevitable miseria - dejaba paso a un programa, a un método de trabajo, que arrancaba de una verificación indeformable por la ideología: que Franco moriría en la cama - aunque esperpénticamente - y que, se quisiera o no, los aparatos del Estado, el represivo, el ideológico y el económico-financiero, quedaban en pie y era preciso hacer frente a esa realidad imaginaria.

Sin ruptura violenta el exilio histórico, en tanto que conciencia del eslabón ideológico perdido, nada podía ofrecer salvo la memoria . En síntesis, no iba a producirse la ruptura violenta y para insatisfacción de los espectadores-mundo, que auguraban que la España trágica reeditara su esencia arbitraria y temperamental, nadie la querría. ¿Por qué? Porque, por un camino equívoco, España había entrado en la revolución burguesa. Una revolución burguesa disfrazada de travestis cómicos y aleccionadores - como los banqueros del Opus Dei iniciando el diálogo con la modernidad financiera y la planificación económica sin percatarse de la sublimación de sus propias contradicciones -, cierto, pero de la que emergía un primer supuesto inusitado: que en la España republicana de 1931, el 50 por ciento de la población activa trabajaba en una agricultura feudal y que en la España de 1975, a la hora de la muerte de Franco, en aquella cama perfecta "del morir quiero y no me dejáis", España tenía 5 millones de trabajadores industriales y otros 5,4 millones de trabajadores en los servicios. En la agricultura, sin más, la nueva minoría: los 2,7 millones de campesinos del atraso. En suma, por vez primera en la historia de España (en 1970 la población agraria representó ya el 29,1 por ciento de los trabajadores totales y los obreros industriales el 37,2 por ciento) una nueva clase imponía y se imponía en el horizonte social como fuerza y como instancia para negociar. Lo absoluto y lo teológico desaparecían. El radicalismo verbal no era ni será nunca el idioma de la clase obrera. Fundamentalmente porque sus reivindicaciones son reales. El terrorismo verbal, si se utiliza en nombre de la clase obrera, pocas veces es su manera de conquistar el mundo; menos aún, de transformarlo.

Esa nueva clase no iba a hacer - para que festejaran el otro lado de los Pirineos el sentimiento trágico de la vida - la Guerra Civil, sino que iba a servirse de la Guerra Civil para hacer la paz. ¿Con quién? Con los que tenían las armas y la llave de las empresas y los bancos - los aparatos de Estado después que murió, como me decía Rafael Alberti en Roma con envidiable donosura, el Inmorible.

El Inmorible dejó un príncipe-rey inteligente y pragmático, una sociedad civil harta de hipocresías, unos sindicatos clandestinos que decidían - como las Comisiones Obreras, comisiones que Walesa no pudo reinventar - y firmaban los convenios colectivos con los sindicatos oficiales porque sin aquellos no era posible lo real y sin éstos no eran posible los ritos de la "legalidad" franquista. Dicho de otra manera y exenta de petulancia: España, en 1975, estaba tan ejercitada en el doble juego que el establishment franquista se dividía, también, entre su propio exilio histórico - el de los puros - y el de los renovados - del interior - que comerciaban con el futuro vendiendo el pasado como presente. Franco, en ese aspecto, era la prehistoria, pero

cuanto más se prolongaba su vida como inutilidad política, más se maduraba la política como porvenir.

En otras palabras, lo que no podía comprender el exilio republicano histórico es que no sólo la nueva clase obrera, sino que las nuevas clases del capitalismo relativamente moderno habían enterrado a Franco mucho antes. Aunque las Cármenes - esposa, hija, nietos, yernos, generales y cazadores de bellas bestias en las cacerías que Ortega y Gasset no definió nunca como barbarie de clase - siguieran jugando en los palacios a la perpetuación de los tedeums . Hasta el joven príncipe de los ojos azules - que nunca los tuvo de ese color ni los tendrá en la vida - estaba ya instalado en la democracia de los banqueros, los obreros industriales, los socialistas no marxistas y metodológicos y los comunismos carrillenses cargados de la inevitabilidad del cambio de frente. La huelga general no fue posible; la "legalidad" era la opción. Las cartas sobre la mesa.

Dicho sin eufemismos: España había renunciado al sentimiento trágico de la vida y negociaba. Era su primera modernidad real . Podría decirse, inclusive, que la Guerra Civil española había tenido ya, en la Salamanca dorada, su definición inequívoca: cuando un general mutilado gritó "Viva la muerte" y un intelectual dubitativo - ideológicamente dudaba porque no se es progresista desde la placenta como aspira a creer todo progresismo reaccionario - que era el rector de la Universidad, Miguel Unamuno, se pronunció absoluta y radicalmente por la vida, es decir, por la transformación del mundo con los hombres; no con los héroes, enterrados entre rituales inútiles y encráticos, esto es, usados y ocupados siempre por el lenguaje del poder . Y eso fue ya al comenzar la Guerra Civil en 1936. Era obvio, en 1975, que el país, mucho más maduro, elegía a Unamuno, pero sin el unamuniano desdén bárbaro "¡que inventen ellos!".

LA TRANSICIÓN DEMOCRÁTICA: UNA SUMA DE COMPLICIDADES

En otras palabras, cuando el Inmorible murió en 1975, España no aspiraba a otra cosa que a desarmar a los aparatos represivos, intactos, del Antiguo Régimen . La oposición democrática del interior estaba absolutamente dispuesta a ello. Entendía, sin embargo, que sólo sería posible si se pactaba ese proceso con el franquismo sociológico renovado y éste destruía, con clarividencia, los reductos - "inasequibles al desaliento" como ocurre con todo arcaísmo y toda petrificación - del franquismo histórico.

La operación requería dos cosas: la legalización de la política, es decir, la legalización de los partidos y el reconocimiento, como prueba, del Partido Comunista. Esa doble operación gravitó sobre el Rey.

Fue, seguramente, una operación fascinante y paradójica, donde lo real se convertía, en este caso, en lo real-imaginario. El Partido Comunista había sido, bajo el franquismo, el chivo expiatorio: el testimonio que el antiguo régimen se ofrecía a sí mismo y a los demás, de su pureza ideológica. El asesinato y la represión pasaron sobre el Partido Comunista español como testigos de la profundidad de su fe. De un lado, la barbarie represiva y, del otro, el sacrificio como prueba colectiva.

Eliminado el gobierno posfranquista que el propio Inmorible dejara tras sí para organizar sus funerales - ese fue el destino, enterrar al Caudillo y presidir el último espectáculo del régimen el joven rey-sucesor tomó su primera decisión histórica: nombrar, en medio de un juego de parábolas que no cabe acotar en este trabajo, al Primer Ministro de la Transición. Fue una obra maestra de sutileza .

Eligió. Lo eligió en el cuadro, aún, de las instituciones del sistema. Nombró al último ministro del partido único del movimiento: Adolfo Suárez . El nombramiento pareció un insulto y, a la vez, un escándalo moral. Las dos reacciones fueron un exceso. Adolfo Suárez como Felipe González - no los comparo ni los equiparo -, no habían hecho la guerra, sí el amor, y habían nacido en el interior del régimen. Uno sería un funcionamiento siempre escalante, siempre ascendente, lo que en la dictadura es vivir, en todos los casos, en la proximidad del descenso. El otro era su réplica para el futuro.

En la dictadura, la que sea, el problema no consiste en gobernar, sino en la angustia de ser desconocido, rechazado por el poder personal omnipotente. Adolfo Suárez pertenecía a la generación para la cual el franquismo no fue nunca una ideología, sino un escalafón . Es duro decirlo; es cierto. Para esa última generación del franquismo, desde 1970, el franquismo era un féretro, con un muerto interior, que sobrevivía en un país que cambiaba acelerada y radicalmente, es decir, en un país que se hacía adúltero y libre sin dejar de recitar, sin que nadie lo creyera, las glorias de un sistema enterrados en las nuevas empresas industriales y en las nuevas alcobas. Napoleón, sicología conformada por una Weltanschauung paranoica de las guerras, creía que una batalla perdida se reparaba en una noche de París .

Adolfo Suárez, en 1975, sabía ya que nadie iba a dar a sus hijos, cada vez más reducidos en España, para la guerra de la Reconquista. La memoria histórica funcionaba en la España posfranquista en favor de la vida. Unamuno ganaba. Eso es claro.

La hazaña de la libertad, en la transición española, comenzó, pues, con el reconocimiento - rápido, inequívoco - de que Adolfo Suárez, como el Rey, no dudaba en jugar la carta de la transición democrática. ¿Por qué? Porque lo único que podía salvar al franquismo sociológico era la democracia y no la revolución. Asombra que no se viera esto; que se desdeñara su enorme significado . La mineralización ideológica fue responsable de ello. Sin embargo, las generaciones jóvenes del franquismo renovado sabían, muy bien, frente al franquismo histórico, que la democracia dejaba sitio para todos los que quisieran un cambio. Es duro; es verdad.

Para ejercer el poder como poder, Adolfo Suárez tenía que aceptar, como la oposición democrática, que era imposible legalizar la política sin legalizar el Partido Comunista. Ello suponía la primera ruptura con el franquismo histórico . Sin embargo, esa batalla se ganó con relativa facilidad porque tres iglesias yuxtapuestas (la iglesia católica, la iglesia bancaria y la iglesia comunista) aceptaron que la legalidad suponía el orden civil; no el orden revolucionario . La transición española ha sido, como hazaña de la libertad, una suma de complicidades. Nadie quería, lo que era un enorme salto dialéctico en la historia del voluntarismo hispánico, la victoria total porque la victoria total era el pasado: el horror de la hegemonía . Ese fue el gran servicio histórico - impagable - de Adolfo Suárez; fue el extraordinario servicio que brindó en estos días, a la comunidad española, el Partido Comunista al negarse a ser la condensación teológica de lo absoluto. Aceptó, al revés, la negociación y al hacerlo ratificó que sin una previa ruptura violenta el régimen franquista no podría ser sucedido nada más que por la geografía de Europa Occidental, la democracia pluralista y la saludable complicidad - antiheroica y antibárbara - de las clases antagónicas. Estas elegían, en el fondo, la lucha de clases como coincidencia; no como un episodio sin salida .

Ello revelaba, marxianamente, no sólo que la tragedia no se repite nada más que como comedia, sino que la comedia es un ascenso, en la lucha de clases, hacia otro nivel de la historia. En suma, España dimitía, en 1975, del temperamento español para producir, maduramente, otro espacio de subjetividad y objetividad, sin duda, superior. Los "temperamentos" insustituibles forman parte de las leyendas feudales. Toda modificación material de las formas de existencia transforma, sin duda, los impulsos primarios y determina impulsos más conscientes. El atractivo de lo primario elegía española - se subordina al dinamismo de una nueva idea del mun-

do. En 1975, España "pasaba" de la Guerra Civil. El franquismo sociológico y la oposición democrática respetaron el matrimonio de la razón y prepararon, sin impaciencia, el desarme general del Antiguo Régimen. En esa etapa el Partido Comunista fue infinitamente más importante - porque era la "prueba" - que el socialismo, porque éste era un partido a la espera y el comunista un partido en busca de la legalidad.

Por esta causa, lo que aconteció posteriormente ratifica el riesgo de toda anticipación. En efecto, Adolfo Suárez y el Partido Comunista serían sacrificados, en su día, en las urnas. ¿Por qué? Porque acertaron a definir el problema y asumieron su protagonismo. Acertar es siempre peligroso. Sobre todo si al acertar se revela lo inocultable: la ostensible complicidad de una sociedad que era, a la vez, el pasado franquista y el impulso hacia el porvenir.

LA EXPLICACIÓN SOCIOLÓGICA DE LAS URNAS. EL SACRIFICIO DE TODOS LOS RADICALISMOS

El país antifranquista - la vulnerabilidad de todos los estereotipos y los tópicos destaca en este caso - optó, en las dos primeras elecciones libres, al franquismo sociológico entreverado, cierto, de la oposición demócrata centrista. Lo inocultable fue revelador y aleccionador . Representaba la verdadera ruptura, esto es, el máximo a lo que deseaba llegar el país. Un pueblo no acomete empresas - Marx dixit - superiores a sus fuerzas.

Esa realidad se hizo patente en las elecciones constituyentes de 1977. La libertad no es sólo la expresión de los pueblos libres, sino el mecanismo, mucho más complejo, sociológicamente, que la preserva . Es ahí donde emerge, poderosa, la madurez social o la crisis social. Todo terrorismo verbal es la prueba de lo último.

Así, en consecuencia, la España posfranquista eligió a los funcionarios del antiguo régimen - pero no a los históricos para que tuvieran a su cargo la primera transición ; es decir, la etapa que funcionaba entre el inmediato pasado dictatorial y un presente instado, como vocación, hacia la libertad, pero todavía, entonces, sin los poderes reales que la harían posible. Las urnas de 1977 fueron realistas y surrealistas . Unión del Centro Democrático, el partido de Adolfo Suárez - el franquismo sociológico y la oposición democrática centrista vinculada, en gran parte, a los viejos escalafones - obtuvo 168 diputados; 122 los socialistas, 20 los comunistas y 16 la derecha, entre otros pequeños grupos, que se afirmaba ya, y era un sentir y una nece-

sidad, como derecha civilizada. El franquismo histórico fue barrido del mapa . Las urnas, tan prudentes , fueron, en ese sentido, una guillotina.

La derecha y el centro ganaron allí donde el subdesarrollo y la explotación económica eran más altos. La geografía política española dibujó, en 1977, la lección unánime de la historia: votan por el progreso las regiones o los pueblos que han acumulado lo suficiente para desertar de la tradición y la servidumbre. El dinamismo reaccionario del subdesarrollo, como ideología y no como metáfora, es el corazón dialéctico de toda guerra civil.

Las elecciones constituyentes de 1977 - en esas urnas obligaron al compromiso irresistible diseñado en 1975: que España quería hacer la democracia y no la revolución. Eliminar la mitología es un oficio desagradable. Alguien tiene que ser el sepulturero.

La Constitución pactada que surge de las elecciones constituyentes de 1977 fue, como toda la Constitución en la libertad - no en la revolución -, un compromiso . El compromiso español gravitaba sobre una sola coincidencia: desarmar al ejército y al aparato represivo del Antiguo Régimen . Para ello se sacrificó, en un viejo altar, a la República anticipada de 1931 y al exilio histórico que hizo de la República su bandera - y se devolvió a la Monarquía su viejo papel milenarista en un país de espadones: estar por encima de los generales en nombre de la vocación del orden superior. En efecto, el joven príncipe había pasado, con instinto seguro por las tres armas . En otras palabras - con predominio seguro de los sustantivos sobre la merde de los adjetivos - el sucesor de Franco "a título de Rey" , como decían los textos del Antiguo Régimen, fue reconocido monarca por la España liberada y no de la España libertaria. Enorme paradoja. Reconocimiento, a su vez, de la función que tuvo el Rey en la liquidación de lo imaginario.

La España democrática se convertía, pues, en una monarquía constitucional y el régimen en un régimen moderno de partidos. La recuperación moral de Juan Carlos de Borbón fue el centro del compromiso global. Socialistas y comunistas - no se puede venir del frío de cuarenta años de exilio sin encontrarse ocupadas todas las sillas - aceptaron que sólo el pasado produce el futuro cuando el presente no es la obra de la lucha social sino de la trascendencia cronológica. Franco se había muerto en su maldita cama. No murió como Mussoloni; no como Hitler.

Constitución pactada, pues, constitución hecha para el tiempo y no contra el tiempo . De esa forma preparó la España exceltíbera, ex-temperamental, ex-trágica y ex-

furiosa - horresco referens - sus primeras elecciones legislativas. La paz sirve para votar.

LA TRANSICIÓN: UNA MAGNIFICA OBRA DE TEATRO

Las elecciones legislativas de 1979 dieron a Adolfo Suárez y su partido - como si su líder no viniera del pasado - casi un millón de votos más que al del Partido Socialista. En suma, 167 diputados para la Unión del Centro Democrático; 121 para los socialistas del PSOE; 23 para los comunistas y 9 para la derecha de Fraga; la derecha civilizada . Justo es decir que Fraga era el único político español del posfranquismo que aparecía, en esa lid, como prototipo del macho hispánico tradicional. Sus tirantes con la bandera española querían aparecer como los sostenedores de la antigua y pretérita Bastilla temperamental de la España que gobernaban generales africanos. Error manifiesto del que ha querido arrepentirse pronto. En efecto, España celtibérica había sido enterrada, estructuralmente, bajo la primera acumulación capitalista real de España en el siglo XX. Nadie podrá ya desenterrarla. Ahora esa España comienza a pasar de la política, pero de su vieja memoria fratricida sólo le queda el grito de guerra - voz en pecho - de las cafeterías madrileñas. Poco.

Todo ello es depurador; camino de tolerancias. La sensualidad se hizo hedonismo, sexualidad y erotismo. Tanto que un país naturalmente republicano eligió la monarquía como régimen y el joven rey no ha dudado en ser el primer monarca republicano de la piel de toro. Quien no vea la historia de España, desde 1975, como el instinto racional de la complicidad colectiva, no entenderá nada. Hará discursos sin auditorio.

Los dos gobiernos de Adolfo Suárez fueron excepcionalmente importantes. Abogado accidental - al que la España laberíntica de Brenan le ha reprochado no ser notario o doctor - Adolfo Suárez cumplió el papel asumido: revelar que el franquismo histórico no merecía la tragedia y que la comedia de la ocupación del Congreso que es preciso no desenmascarar demasiado porque los fantasmas con tricornio permitieron la plena reinstalación del rey y España en la democracia - fue la prueba de que el país era otro; sólo que no lo sabía o no lo supo hasta después.

El Rey demostró, en ese tiempo, ser el más lúcido . Se desveló y se reveló mientras todavía los recién llegados a la legalidad democrática, vientre a tierra entre los escaños, creían volver a la clandestinidad empujados por un cachorro de la barbarie y el sainete: Tejero.

Los gobiernos de Adolfo Suárez - y de su continuador inútil, Calvo Sotelo - hicieron de la transición una magnífica obra de teatro para una sociedad civilizada. Fue la primera hazaña de la libertad donde, hasta lo dramático, respondía a las necesidades del libreto.

El país se aprestó, constitucionalmente, a reconocer su propia historia de pueblo-de-pueblos, de pueblo-de-naciones. No sólo en el País Vasco o Cataluña, sino en la Castilla unificadora o en la Galicia emigrante. No sigo en lo que ya se sabe . No hago mención de los terrorismos españoles, porque su suerte está echada. Son la historia de la inercia. Si tienen una vitalidad extraordinaria en el País Vasco ello es así porque la burguesía vasca - cosa que no hizo la catalana compuesta por banqueros que cuentan hoy con el apoyo de las mayorías obreras industrializadas - abandonó a la base social en el siglo XIX y también durante el franquismo. Por esa causa, abandonando a su propia dinámica, el terrorismo vasco se ha creído, al tiempo, Jesucristo-Marx . Esa no es la historia del porvenir: es su pasado antropológico e ideológico.

El pueblo español realizó, desde 1975, una hazaña política de equilibrios, algunos casi inconfesables, que avalaban su madurez. No descuidó, sin embargo, el hacha del verdugo. La utilizó en su día, sin ferocidad, pero con implacable decisión. Por vez primera, desde 1975, fue implacable en 1982.

En efecto, los gobiernos de la primera transición, cumplido el papel de albaceas testamentarios, se quedaron sin tarea por delante. Resistieron el golpismo militar, ratificaron las autonomías, edificaron la pluralidad parlamentaria y no pudieron ir más allá porque la biografía de sus líderes, en gran parte, les impedía hacer la reforma de las instituciones y de la administración por dentro. Sin esas reformas, la democracia era un hospital; no un campo de juego.

Consecuencia de ello fueron las segundas elecciones legislativas, las elecciones anticipadas de 1982. Estas dieron al Partido Socialista la mayor victoria política, como mayoría real - entre las mayorías - que España pudo contar en un siglo. Nada, pareció decir la leyenda, fuera de los soviets, perdón, fuera del socialismo. El hacha del verdugo - el hacha a que antes aludia cortó la cabeza del Centro Democrático y el Partido que había obtenido 168 diputados en 1979 alcanzó, el 28 de octubre de 1982, sólo 12. Aniquilación esta vez, a la ibérica, sin contemplaciones. Fue la primera vez que la democracia española, como ciertos toros que embisten al hombre y no al trapo, dio temor. Más que en el caso de los tricornios del Congreso, porque éstos fueron la comedia de la tragedia. Las urnas de 1982 demostraron que la España

"moderada" podría ser una España dura y apresurada. Aunque era razonable su propósito.

En 1982, los comunistas - coautores de la democracia al legitimar la legitimización supraestructural - fueron eliminados del mapa político alcanzado la modestia de 4 diputados y 844.976 votos. La derecha de Fraga, terminando el equívoco de la Unión del Centro Democrático, se convirtió en la oposición de Su Majestad con 107 diputados. A la cabeza, unánime y unilateral, aparecía el Partido Socialista Obrero Español con 202 diputados - de 350 - y 10. 1 millones de votos; el 46,5 por ciento del electorado.

Mayoría absoluta que se centraba en un carisma - "Felipe capullo, queremos un hijo tuyo" - irremplazable: Felipe González . Es de advertir que la historia del posfranquismo pasa - esta vez ese vocablo no posee una connotación pasiva , sino activa - por tres hombres jóvenes y guapos sin Guerra Civil: El Rey, Adolfo Suárez y Felipe González. Hablar de estos tres personajes de imagen gallarda no es desdeñable ni inútil. Identifica una España común, una España cansada, hasta el paroxismo, del arcaísmo franquista, es decir, de la gerontocracia satisfecha de los vencedores (y derrotados) de la Guerra Civil. Otro elemento a valorar, pues, de descifrable significación. Los tres gallardos del posfranquismo son negociadores, casi un poco gitanos. El país deseaba pasar del heroísmo. Ese es uno de los factores reales de la revolución burguesa.

EL BLOQUE CONTRA EL BLOQUE

Por ello mismo, si bien es cierto que las elecciones de 1982 revelaron una España profunda y vulnerable - que puede ir al degüello en las urnas porque antes renunció a otros degüellos - y que será preciso tener en la memoria, **no es menos cierto que el Partido Socialista no fue elegido para hacer la revolución o la nacionalización de la gran propiedad privada - la acumulación franquista convertida en revolución burguesa - sino para construir la democracia en las instituciones, en la práctica administrativa y jurídica.**

Felipe González no dudó de ello. Inteligente, ponderado, se había enfrentado ya con el sector más radical del partido señalándose que como partido de clase y como partido marxista, el PSOE no ganaría las elecciones. En su momento, ésta postura le llevó a su dimisión como secretario general. Unos meses más tarde, el partido reconsideraba los hechos y le devolvía, inequívoco, el poder. Los electores, por tanto sabían que al elegir a Felipe González se elegían a sí mismos, es decir,

afirmaban lo esencial de un mismo compromiso: reformar una administración todavía franquista en sus patrones -y vicios- cotidianos sin cambiar la sociedad. Era una revolución en cuanto a las precisiones y objetivos confesables. El pasado era poderoso; el porvenir deseable, pero no a cualquier precio. ¿Duro? Cierto.

El socialismo español en el poder ha tenido, pues, que administrar el capitalismo ineficiente dejado tras sí por el franquismo histórico y la crisis histórica dejada tras sí, a su vez, por el capitalismo transnacional en el mundo. No ha sido un hecho aparte o excepcional. La socialdemocracia europea no tiene otro significado: administrar el capitalismo en crisis y la crisis del capitalismo.

La tecnocracia conservadora, sin ideas, paralizada, sabía bien que los socialismos eran los únicos partidos políticos que podían realizar la irreprimible reconversión industrial - de enorme costo social - porque eran los únicos partidos, en la democracia avanzada, que podían hacerlo sin ruptura violenta, inicialmente, con base social. Ni el centro ni la derecha, ni tan siquiera el centro-izquierda, podían acometer la empresa de acelerar el desempleo - para transformar la planta productiva en la edad de innovación científico-tecnológica - y disminuir la participación de la clase obrera en la riqueza sin encontrarse en directo, con la confrontación de clases: el bloque contra el bloque . Esa ha sido la misión de la socialdemocracia europea.

No digo, claro es, que esto sea una conjura - la expresión casi sublime del subdesarrollo político - sino la dialéctica de la historia que elige los actores precisos. En suma, la socialdemocracia entregará a la derecha civilizada - liberal, pues - la reconversión industrial para que pueda pasar a la fase siguiente: la de las grandes rupturas científico-tecnológicas . Caiga quien caiga. El Tercer Mundo lo sabe ya. Está pagando la plusvalía del cambio occidental con su pobreza. Eso es la deuda externa: el mayor y mejor negocio de este siglo, sin tener que hacer el juego sucio del colonialismo y la explotación interna: in situ.

La diferencia estricta entre el socialismo español y el socialismo francés - los dos con sus primaveras cargadas de rosas rojas - descansa en la diferencia generacional de sus dos líderes: Mitterrand es un prisionero de los mitos (alianza con los comunistas, programa común, etc.) en virtud de su origen de clase (la notable burguesía) y Felipe González es el representante de la nueva clase ascendente sin problemas íntimos de adaptación histórica a la política como acción y pensamiento . En suma, Mitterrand quería reformar la sociedad - y la sociedad no se lo perdona - y Felipe González quiere reformar la administración, la justicia y las instituciones. El realismo español frente al cartesianismo francés. El realismo, como Weltanschauung ,

gana. Claro está que ganar es perder. El deterioro de Mitterrand, electoralmente, es irrecuperable, salvo el milagro ; el deterioro del gobierno de Felipe González, cierto, no modifica lo esencial: que será un milagro que se pueda suspender electoralmente a Felipe González en las siguientes elecciones . A Felipe González le queda patrimonio por delante, porque tiene que hacer todavía el trabajo sucio del capitalismo español: modernizar y reconvertir, realmente, sus estructuras para que sean, realmente, rentables . ¿Por qué no ir a la sociedad socialista, entonces? Porque el "socialismo realizado" ha hecho imposible para Europa Occidental - nos guste o no y no es una cuestión de gustos - cualquier socialismo que no sea democrático, es decir, cualquier socialismo que después de administrar el capitalismo no pueda pasar a la oposición, es decir, a la minoría parlamentaria como minoría libre y moral.

El socialismo duro - sin realizar - sólo puede presentarse, como novedad, en el Tercer Mundo. Ese es su destino superior: reemplazar la experiencia por la utopía. Esa es, también, su enorme energía revolucionaria. Es inútil plantearlo en Europa Occidental y, salvo la guerra, pronto será inútil pedirlo. Alguien tiene que decirlo hoy.

LA PARADOJA DE LO REAL

Tal es, en síntesis, el caso de España. En otras palabras, el socialismo español está viviendo, sin más, las contradicciones de la historia nacional y mundial. Tiene que hacer la reconversión industrial - si quiere hacer un país realmente competitivo y moderno - y tiene que negociar con el Mercado Común aceptando lo que no sabía en el ex-ante de gobernar: que el ingreso de España en la Comunidad Económica Europea está siendo equiparado, con lentas y seguras tuercas, al proyecto de la plena incorporación a la OTAN . El canciller de Alemania lo acaba de decir en Madrid: "economía común y seguridad militar común van unidas" . Justo lo contrario de lo que auspiciara, durante su campaña electoral, el Partido Socialista Obrero Español.

Gobernar es saber que las opciones son mínimas. La campaña electoral del Partido Socialista se basó en el rechazo de la OTAN. Sin embargo, aprobó y ratificó, parlamentariamente, el Tratado de Bases Militares con Estados Unidos - en la edad de Reagan - que Franco, el finalmente Morible , firmara con aquel país en 1953. ¿No es la paradoja de lo real? Esa paradoja desposee al Partido Socialista de Pablo Iglesias - que vivió siempre en la oposición que es un convento que permite la santidad y la singularización ética - de su vieja vocación profética para convertirse, se quiera o no, en un partido de poder obligado a actuar como poder, esto es, obligado a sancionar la suma de intereses reales que determinan la acción histórica y la imponen.

Con el 18.5 por ciento de desempleo - respecto de la población activa -, sin poder resolver el conflicto entre economía y seguridad, ampliando la destrucción de puestos de trabajo para producir el porvenir industrializado moderno, el Partido Socialista español limita hoy con la lucha de clases real: administra el capitalismo en nombre de la clase obrera moderna que encontrará empleo en 1990 ó 1995 y que, hasta entonces, asistirá a su movilización-desmovilización crítica en las listas de la Seguridad Social.

España, que llegó con un siglo de retraso a la revolución industrial, llegó un año después que Mitterrand al poder y, por consiguiente, puede sobrevivirle. Aún así, administrar la crisis del capitalismo en nombre de la libertad es la contradicción más extraordinaria del país que fabricara, en 1975, la hazaña pacífica de la transferencia de poderes . El Partido Socialista español ha inaugurado, pues, la segunda transición . Si el costo social no resulta demasiado elevado, habrá construido, por vez primera en este siglo, la democracia representativa y pluralista de España en términos verdaderos y reales. No es una utopía. Es esa exaltante y enorme aventura, no hipotética, que se llama la realidad política como política.

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad Nº 72, Julio-Agosto de 1984, ISSN: 0251-3552, **<www.nuso.org>**.